

FORO ESPIRITUAL DE SANTIAGO PARA LA PAZ

UNIVERSIDAD DE CHILE

“La paz es el amor hecho convivencia”

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA PAZ

La Iglesia Católica tiene dos maneras de contribuir a la paz del mundo y al establecimiento de una cultura de paz: como “institución” y por su “inspiración”. Para muchos, dentro y fuera de ella, ambos términos se confunden. La institución vive de la inspiración y está al servicio de ella. Pero, en la práctica, cabe establecer una diferencia.

1. Como institución

La Iglesia Católica, en ciertos países y en ciertas épocas -Chile en la época colonial y aun en el siglo XIX y parte del siglo XX, por ejemplo- ha llegado a ser una institución de poder, de prestigio, de influencia, poseedora de recursos humanos, e incluso a veces económicos. Como tal ha podido contribuir poderosamente a la causa de la paz. Y a veces también, la necesidad o el deseo de conservar ese poder, ese prestigio, esos recursos, ha podido llevarla a una actitud defensiva y hacer, o parecer ser, obstáculo para la paz.

Pese a estas condiciones, la Iglesia Católica como institución ha sido y sigue siendo un poderoso factor de paz. Me limitaré a recordar algunas iniciativas de estos últimos tiempos: centenares de miles de cristianos laicos que se han preparado y participan activamente en la catequesis, la liturgia o

las misiones en que se predica un Evangelio de amor y de paz; la inmensa distribución de víveres, de ropa y de remedios que se hizo a través de Cáritas-Chile en años de mucha escasez. La obra del Hogar de Cristo que moviliza la buena voluntad de miles de personas, y centenares de millones de pesos, en beneficio de los que sufren; y la defensa de los derechos humanos y de sus víctimas en un momento histórico en que eso fue necesario.

2. Como inspiración

Tenemos sin embargo plena conciencia de que las instituciones, aun las religiosas, aun las mejor inspiradas, por estar formadas por seres humanos, incurren en errores y en faltas. Y la Iglesia Católica no escapa a ese sino. Pero la inspiración que la anima, que es la persona, es testimonio y el mensaje de Cristo es ciertamente un poderoso factor de paz, en la conciencia del hombre y de la mujer, en la familia y en la convivencia a nivel local o nacional. Nuestra Iglesia sirve la causa de la paz en la medida en que predica con la palabra, con el testimonio y con el compromiso de sus pastores, de sus ministros y de sus fieles, el Evangelio de Jesucristo.

3. Cooperación para la paz

Nuestra Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, ha tomado una conciencia renovada de algunos hechos que facilitan la cooperación para la paz.

a. Ha comprendido que el acto de fe, la conversión del corazón y el cambio de vida son actos libres y deben ser respetados como tales: una cosa es ser un “apóstol” que convence y que convierte, otra cosa es ser un “proselitista” que piensa mas en el crecimiento de sus institución que en la fidelidad a la inspiración que la anima y la justifica.

b. Ha tomado una renovada conciencia de que Dios es el mismo para todos los hombres y que actúa libremente en el corazón de cualquier hombre, cualquiera sea su religión o aun que no tenga ninguna. Y que los grandes valores en que puede fundarse la paz son : la buena fe, la búsqueda sincera de la verdad, el respeto a cada ser humano, el sentido de la justicia o de la solidaridad... y estos se dan en todas las corrientes religiosas o culturales.

c. Se ha convencido de que todos los hombres debemos colaborar poniendo en común todo lo que tenemos de bueno, de sincero, de humano, de justo, sin esperar estar de acuerdo en todo o integrar todos una misma institución religiosa. El verdadero ecumenismo no consiste en pretender unificar a todos los hombres en una misma Iglesia -aunque sea la que cada cual considera como la verdadera, como la mas conforme a la voluntad de Dios- sino en desarrollar todo lo mejor que hay en nosotros, convencidos de que si todos hacemos lo mismo, cada cual siguiendo su propia conciencia en su propio grupo cultural o religioso, nos reconoceremos todos como hermanos y podremos construir juntos un mundo en paz.

4. Fraternidad y filialidad

La Revolución Francesa se dio por lema tres palabras: libertad, igualdad, fraternidad. La libertad y la igualdad se han desarrollado mucho y han entrado muchas veces en conflicto entre sí. La fraternidad ha sido olvidada. Y es la fraternidad la que puede equilibrar la libertad y la igualdad y asegurar la paz o sea “el amor hecho convivencia”. Optamos por la fraternidad. Lo que la fe del Evangelio agrega a este ideal humanitario y fraternal es el sentido de paternidad y de filialidad. Es difícil sentirnos hermanos sino reconocemos un padre común. Es porque Dios es Padre y

nosotros somos sus hijos, nos dice la Biblia, que somos hermanos y que podemos, debemos y queremos amarnos los unos a los otros como hermanos.

“Les dejo la paz” decía Jesús al despedirse de sus apóstoles en la Última Cena. “Les dejo mi paz”. El aporte propio del cristiano a la paz entre los hombres está en ese matiz: mi paz; una paz basada en la fraternidad, fraternidad que depende de la paternidad divina y de la fidelidad humana.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena